

Discurso de Clausura - 1948

Por JAVIER NARANJO VILLEGAS, Pbro.

(Discurso leído en el acto de clausura del año de 1948).

Bella y acertadamente escribió Ramiro Maeztu: "Para nosotros son suficiente emblema dos palos y tres colores: aquellos en cruz y éstos en bandera".

Nacida la Universidad en un instante de rebeldía contra la opresión a las ideas, se arrojó de heroísmo y se decoró con jirones de epopeya. Tal vez la generación coetánea no alcanzó a valorar el gesto magnífico de ese puñado de profesores y muchachos que se hermanaron con la aventura y miraron con ojos de profeta el porvenir que para los demás se presentaba incierto y sólo para ellos amanecía esplendoroso. La génesis de esta casa hay que recordarla todos los días porque constantemente inquirimos por el milagro de su existencia vigorosa en medio de una niñez desconcertante, y porque hay que repetirla a la muchachada de hoy la altivez de la que ayer nada más transitaba por las aulas.

Quizás se ha querido olvidar algunas veces este origen glorioso, y para muchas gentes la Universidad Católica Bolivariana se fundó como "una fábrica para modelar profesionales útiles a la sociedad". Pero hay que repicar a todos los oídos que la Universidad se incubó y nació en un ambiente de insurgencia porque un grupo de muchachos sentía que Cristo estaba demasiado lejos, el espíritu subyugado por la violencia y la figura de don Simón brumosa para una juventud ávida de bolivarianismo.

Hace apenas doce años esta Universidad era un germen y la ciudad asistía asombrada a su doloroso alumbramiento. A los pocos días el arrogante paso de sus marchas despertaba a la ciudad dormida y un rumor de enjambre denunciaba la pujante realidad de una fundación que apenas sacudía el rocío del amanecer y que, al mismo tiempo, se caldeaba en el calor del mediodía.

Al frente de ella había todo un hombre: bajo de estatura, bronceado el cuerpo, ígnea la mirada, áspero en los modales, resuelto en las decisiones, tajante en las resoluciones, incisivo en las palabras, marcial en la batalla, austero en su vida, inmaculado en sus intenciones, conductor por vocación y jefe por derecho natural.

Hasta el confesionario de la parroquia se había acercado el grupo de los rebeldes para expresarle la necesidad que la juventud tenía de una brújula que le señalara el camino, de un arco que arrojara la fle-

cha, de un clarín que alternara en esa sinfonía de los arrebatos juveniles, de un aglutinador de voluntades. Acosado por la jauría y empujado por la impaciencia de los muchachos llegó a su despacho humilde el primer rector. Y empezó a ejercer su dón de mando con estas palabras proféticas que recogió uno de los testigos emocionados del momento: "Hoy me pongo al frente de esta Universidad y os convoco a todos a tomar estatura heroica para que aquí vengan las generaciones colombianas a beber la savia de la cultura. YO OS RESPONDO CON MI VIDA QUE ESTA UNIVERSIDAD SERA NOMBRADA CON ORGULLO POR TODOS LOS COLOMBIANOS Y VOSOTROS SEREIS LA PIEDRA INICIAL PARA LA PORTENTOSA FABRICA".

Muchos de vosotros le visteis despachar desde la rectoría; muchos de vosotros le contemplásteis siempre optimista y siempre insatisfecho, porque sus aspiraciones eran infinitas en bien del claustro; muchos de vosotros recordáis aquella seguridad en las órdenes que como capitán impartía a las huestes; muchos de vosotros fuisteis testigos de que su vida "fue como un evangelio, porque su única almohada para la fatiga fue la muerte".

Qué luchas aquellas! Qué modestia de elementos materiales! Qué opulencia de material humano! Qué coraje de soldados! Qué altanería de capitanes!

El Pastor accedió a los anhelos impetuosos de un racimo de profesores escoltados por esa tripulación homérica de estudiantes, y en un instante se sumó a la pléyade de la generación libertadora para convertirse en co-fundador del magno instituto. Tiberio de Jesús Salazar se embarcó en la aventura, rubricando con su autoridad lo que apenas aparecía como una locura de infantes. El también fue vidente, porque su mirada se había contagiado con la visión idéntica del paisaje que se presentaba a los ojos de los visionarios de entonces, paisaje que sólo veían los que estaban situados en la colina de la locura.

Los fundadores le imprimieron a su obra el programa de sus luchas, tatuando el espíritu de todos los compañeros con los símbolos que daban la impresión de estar entrañados o esculpidos en el rojo vivo de la mística más enrojecida: Cristo, Maestro eterno, cuya palabra fue el aliento perdurable y la piedra angular de su existencia, y don Simón Bolívar como programa para redimir la Patria carcomida entonces por ideales mediocres, cuarteada por postulados extraños, y dividida en odios irracionales que habían reventado los resortes de la cultura.

De este modo la Universidad Católica Bolivariana empezó sus días con una definición ante el tiempo y otra ante la eternidad: para el primero montó guardia con la Carta de Jamaica, con el Mensaje al Congreso de Angostura, con el grito lacerante de San Perdo Alejandro y con toda la concepción bolivariana de la Patria; y ante la segunda se ancló con el Verbo de Dios, se acorazó con las bienaventuranzas, se acercó con el código evangélico y trasplantó sus tiendas de la provincia del

tiempo para acampar en los dominios de la eternidad. Y es necesario repetir que la UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA por fundación y por designio de sus fundadores nació cristiana, se apellidó católica y sin pavideces gritó a todos los oídos que su orientación estaba comprimida en el canto de su poeta:

“Nuestra marcha señalan dos brújulas
Siempre puestas en norte de luz;
Una tiene de aguja una espada
Y es imán de la otra una cruz”.

Y esa juventud, que en traje de peregrina se aventaba por los caminos inciertos, no tuvo miedo para creer y para decir que lo sentía, porque entonces se dio cuenta de la verdad de aquella sentencia: “La ciencia es sólo la mitad. La otra mitad es la fe. En todo saber hay fe. Todo saber desde lejos es fe. Todo saber empieza por la fe y acaba en ella”.

“Universidad Confesional” se llama hoy a la que reclama para sí esta orientación. Sí señores, la Universidad Pontificia Bolivariana es confesional y será confesional porque sabe que la Universidad sin tesis no existe, porque siente que la Universidad existe para ser el cerebro de la muchedumbre que no piensa, porque tiene la convicción de que la juventud se acoge a su bandera para orientarse en sus caminos, y porque la Universidad que carece de pensamiento rector y de tesis desplegadas al viento es apenas una modesta fábrica para construir profesionales, es decir personas que alcancen un medio para ganar un pan. Y este ideal lo mira la Universidad Pontificia Bolivariana como demasiado recortado y gangrenado por la ordinariéz. La Universidad laica es confesional como lo es la protestante, la totalitaria y la marxista. La calificación de “confesional” no pone miedo a la Universidad que sabe que, para ser fiel a su esencia, tiene que obedecer a un pensamiento rector.

Quiere la Universidad crear un nuevo tipo de profesional que no vea en su carrera sólo el medio de ganarse lo que le hace falta, sino que vea su profesión en función de Patria, y hoy, cuando muchos son los que han brotado de sus aulas ve con satisfacción que el núcleo de sus hombres siente que en su alma quema el ideal que ella les inculcó en los días de la docencia. Por eso el bolivariano se habitúa a que en medio del ambiente universitario se nombre a Cristo, sin que ello huela a blasfemia contra la ciencia como llegó a serlo en ciertos cenáculos en los que se velaba por la reverencia a la única deidad reconocida. La Universidad habitúa al estudiante a hablar y a sentir de Cristo porque está convencida de la vigorosa frase de Berdiaeff: “Fuera de Cristo todo es vulgar y rastrero”.

Pero a más de lo anterior, el bolivariano tiene un programa para actuar en su vida de patriota: el pensamiento del Padre. Al bolivariano se le inculca el respeto y el culto perenne por el Padre de la Patria como síntesis del pensamiento salvador para el Estado colombiano

y como paradigma de heroísmo y de grandeza humana. Y está bien que así sea porque con la mayor frecuencia se le presentan a la juventud modelos demasiado enclenques que no alcanzan a llenar toda su ambición por las estaturas heroicas de la historia.

Al terminar el año de 1948 la Universidad Pontificia Bolivariana le entrega a la Patria nueve arquitectos, cinco niñas triunfadoras en Arte y Decorado, trece obreros y empleados diplomados, veinte licenciados en comercio, once ingenieros químicos, nueve sacerdotes de la Justicia y una gloriosa cicatriz: la de su bautismo por la sangre y por el fuego en una fecha inolvidable.

Fue una noche. La tribu se había desparramado por todo el ámbito patrio para pisotear todo lo más sagrado y venerando que su cultura tenía. Los templos de Dios fueron incendiados, la casa del Padre de la Patria hollada y maldecida por los nuevos septembrinos y los fanales de la cultura pisados por la pezuña de la barbarie. La ciudad se vio iluminada por una inmensa hoguera: era la Universidad convertida en una lengua de fuego que no se podía acallar porque mientras más se le atormentaba más altas eran sus voces. "Era una llama al viento"..... Un puñado de muchachos, muchos de los cuales me escuchan ahora, fueron los que se llegaron heroicamente a extinguir las llamas. Vedlos: crujen las maderas, álsanse las llamas, se desploman los techos, arden los libros, la insolente gritería alimenta la hoguera, y, en medio de esa vorágine, caminando por los tejados y luchando a brazo partido con los aliados de la ignominia, esos héroes entonan un cantar:

"Por mirar nuestro paso de triunfo
Montan guardia la tierra y el sol,
Se constelan los viejos laureles
En retoños de coronación".

Yo quiero rendiros, bravos muchachos, un encendido recuerdo porque creo que el acto que esa noche representásteis tiene perfiles de epopeya. Yo os vi a muchos de vosotros con los ojos humedecidos cuando al día siguiente contemplábamos los restos del incendio, y sé que muchos de nosotros juramos ese día, sobre las cenizas humeantes, derramar sobre las heridas el óleo de un bolivarianismo indeficiente. Entonces entendimos que nuestras ideas eran demasiado vigorosas porque para derrotarlas había qué apelar a la violencia. Cuán intensamente sentimos en ese día que "el amor es como el sándalo que no emana su perfume sino cuando el hacha lo lacera. No hay amor más grande que el amor doloroso."

Os vais a dispersar los que en una u otra forma habéis coronado el ruedo del estadio. No podéis olvidar, bolivarianos, que habéis sido formados en una casa que os exige un culto sempiterno por los más grandes ideales que se han propuesto a la mente de los hombres: el

mensaje de Cristo a toda la especie humana y el del Libertador a la familia americana. No podéis olvidar que el bolivariano tiene un estilo propio para lidiar todas las situaciones y que no es otro que el decoro, la dignidad, la ética infrangible, la altivez cristiana y el patriotismo más depurado. Algunos de vosotros fuisteis sembrados aquí como semilla que aquí mismo reventó y empezó a brotar en los surcos de la cultura. Ahora recordaréis los juegos que de niños aquí tuvisteis en los primeros días de la niñez y las inquietudes más altas de los años posteriores. La Universidad os seguirá paso a paso y estará a la espera de vuestro retorno a los claustros que os acogieron y que hoy se desparraman para mirar vuestra partida.

Permitidme que, para terminar, os diga una vez más que para nosotros los bolivarianos “son suficiente emblema dos palos y tres colores; aquellos en cruz y éstos en bandera”.